

### CAPITULO XIII.

SOLICITAN LOS MAS DE LOS RELIGIOSOS QUE HABIAN  
IDO CON EL GENERAL CORONADO AL VIAJE DE  
TZIBOLA, QUEDARSE EN LA QUIVIRA: MOTIVO QUE TUVO  
VAZQUEZ CORONADO PARA DEJAR LA JORNADA  
Y ENTRADA DEL NUEVO MÉXICO, Y DAR LA VUELTA  
PARA MÉXICO: AÑO DE 1542.

Miéntas invernaba el ejército del general Francisco Vazquez Coronado en el valle del Tiquez, llegó la noticia más individual de la sublevacion de los indios de la Sonora, porque volvió de su jornada D. Pedro de Tovar é instruyó al general puntualmente de todo lo acaecido en la villa nueva de San Gerónimo, la que quedó totalmente destruida y desamparada de su presidio por la muerte de muchos soldados españoles que perecieron en la invasion y la desercion de los que escaparon, y le enteró que lo más que pudo hacer,

fué recoger muchos desertores, para con sus soldados entrarse en la villa, la cual se hallaba yerma y abandonada de sus enemigos, que se habían ido, disponiendo hacer en ellos en mejor ocasion un castigo ejemplar, y despachar á México la noticia al señor Virey de este alzamiento, y remediado todo lo posible, volverse al Tiquez. De allí á poco aconteció, que yendo á caballo el general Francisco Vázquez Coronado con el ánimo de pasearlo, sintió que iba desasosegado, pero no advirtió que la silla que llevaba era nueva y lastimaba al caballo, que era de suyo brioso y fogoso. Como él era buen ginete, quiso domar al animal, creyendo que queria tomar mala maña, y le dió con las espuelas, sacándolo al galope. En esto se le trastornó la silla y cayó al suelo, dándose un gran golpe en la cabeza, pero no tan grave y de peligro como se lo persuadió; y viéndose muy lastimado á su parecer, porque fué preciso abrirle la hinchazon que ocasionó el golpe, comenzó á desistir de su jornada y á tratar de volver á Culiacan y á la Nueva Galicia. Sanó del golpe; pero se temió que se le habia trastornado el juicio, porque siendo un hombre de tanto reposo, de mucho valor y tan afable, se notó que andaba inquieto y no trataba ya á sus capitanes con aquella llaneza y generosidad que solia. Tuvo con ellos varios altercados sobre el desistimien-



to de la empresa, en que consintieron de mala gana, y llegaron á sospechar que movia puntillos con artificio para hacerles entrar en sus ideas, siendo vehemente en él el deseo de ver á su mujer. Desabridos los oficiales, porque ya se hacia insufrible el humor y trato de su general, deseaban tambien dejar la jornada y volverse á México, moviéndoles distintos fines; y así sus soldados y todos comenzaron á murmurar y á representar los inconvenientes que habia en porfiar en hacer descubrimientos tan trabajosos é inútiles, alegando las muchas diligencias que habian hecho en demanda de la gran Quivira sin haber encontrado cosa de provecho, ántes bien mucha incomodidad para asentar poblaciones de españoles, pues en aquellos páramos lo mejor de todo lo que habian visto no correspondia á lo que tenian al presente, siendo unos pueblos desparramados y encastillados que era forzoso conquistar cada uno de por sí, ateniéndose sus habitantes á sus albaradas y torreones, que costaria mucho la reduccion de estos indios; y en fin, que no era de codiciar una tierra que aunque parecia buena y capaz de producir cualquiera cosa que se sembrase en ella, no podia tener muy seguras las cosechas de trigo y maíz por los grandes hielos que caian en ella, pues aun veian helarse el Rio Grande del Tiquez y el de Cicuyque, con ser tan grandes, de

tal modo que pasaban por encima de ellos los caballos cargados sobre los carámbanos de una parte y otra. Fuera de eso, era tierra muy apartada del mar, y por consiguiente privada del mucho comercio que necesitaba; y que si se habia de proveer de México, esto era dificultosísimo por la mucha distancia, pues aun desde el Tiquez, adonde estaban invernando, pasaban de quinientas leguas las que se habian de transitar para socorrer sus necesidades; á más de que, segun lo que se habia visto, la tierra era pobrísima, sin tener muestras de oro, ni de plata, ni de ningun metal ni veta, mas que de unas piedrecitas como turquecillas, pocas, pequeñas y de ningun valor: que si se intentase poblar, los más se huirían por temor de las incursiones de los indios, y estarian expuestos los pobladores á perecer á manos de ellos en tierra tan mísera que pedia un todo para establecer presidios respetables y poblaciones de españoles. Estas y otras razones eran las que se promovian en los corrillos de la soldadesca; y aunque era verdad todo esto que decian, se hubieran sosegado sus discursos, si el general hubiese querido proseguir su entrada por la Quivira; pero los disimulaba y alentaba bajo de cuerda, porque fuera de la indisposicion de su caida, tenia interes en la vuelta de su ejército, así porque sus soldados (acostumbrados á las grandezas



de México) se veían burlados en sus esperanzas y trataban de veras de dejarlo por no perecer en tierra tan ruin y solitaria, como tambien porque él por su lado tenia buen repartimiento en México de indios, y deseaba volver á ver á su esposa, que era noble y hermosa, y se temia de algun desastre al ver la inquietud de su campo y desavenencia de sus cabos y capitanes; conque se vino á tratar la vuelta á México con sentimiento de todos.

Se levantó de una vez el campo, y al cabo de cerca de tres años que se gastaron en esta jornada, comenzó el general á dar sus disposiciones para volverse por los mismos rumbos y lugares por donde habian ido; pero ántes de partir, manifestaron algunos religiosos franciscanos que le habian acompañado en esta expedicion, el deseo que tenian de quedarse en aquella tierra, animados del celo de la conversion de aquellos gentiles que la habitaban. El que más se empeñó en quedarse en aquella tierra y volver á la Quivira, fué el venerable padre fray Juan de Padilla, quien viendo que su gente se determinaba á desamparar la tierra, tomó la resolucion de quedarse allí para servir á Dios y derramar su sangre, si necesario fuese, en conquistar almas para Jesucristo. Procuró el general estorbarle su santo intento quanto le fué posible, diciéndole que era grande

temeridad el volver á residir entre aquellos bárbaros no estando apoyada su predicacion por algun presidio español que los contuviese en la veneracion debida á los ministros de Dios; que aguardase á mejor ocasion, pues siendo causa suya, procuraria su Divina Majestad á tiempo oportuno el más conveniente remedio. Por más razones que le expuso el general para disuadirle, no consiguió el hacerle desistir del empeño santo de la conversion de aquellas almas. El general Francisco Vázquez Coronado, que era de ilustre sangre y de gran cristiandad, á quien los cinco religiosos franciscanos que fueron en su compañía en esta expedicion debian mucha caridad y demostraciones públicas de grande estimacion y veneracion, amaba en particular al santo padre fray Juan de Padilla, y no queria dejarlo ir, temiendo que le matasen los indios sin fruto alguno; pero vencido por la santa determinacion de este heróico varon, le dejó ir y le ofreció todo lo que pudiese necesitar. Quiso llevar este santo religioso en su compañía á un virtuoso lego de muy ejemplar vida, llamado fray Luis de Escalona, y á un mancebo (esclavo de un capitan) para que aprendiese la lengua y le sirviese de intérprete. Dice otra relacion manuscrita, que el R. P. Fr. Márcos de Niza, actual provincial de la Provincia del Sto. Evángelio, y otro religioso lego



llamado Fr. Daniel, italiano de nacion, varon muy penitente, quien despues vino á morir en el convento de Ntro. P. S. Francisco de Guadalajara, era hijo de la santa Provincia de Santiago, querian tambien quedarse, pero que por persuasiones del V. P. Fr. Juan Padilla, se volvieron con el ejército y se quedó con dos hermanos legos llamados Fr. Juan de la Cruz el uno, y el otro Fr. Luis de Ubeda, y otros dos indios donados; el uno se llamaba Lúcas, y el otro Sebastian, naturales de Michoacan, con otros indizuelos sacristanes, y otro muchacho mestizuelo. Concuerdan bastante estas relaciones; y como esta última individualiza más los sugetos que se quedaron con el V. P. Padilla, la refiero por no dejar cosa en el olvido. Como era prelado principal de la Orden franciscana de esta Nueva España el reverendísimo y venerable P. Fr. Márcos de Niza, le era preciso volver á su santa Provincia del Santo Evangelio, de la que era ministro provincial, habiendo sido ántes el primer Comisario general en los reinos del Perú, el cual, con su espíritu infatigable y gran celo de buscar almas para Dios, despues de haber predicado la fe en Nueva España, salió para las regiones de Poniente buscando gente que convertir, y procurando que se descubriese la tierra de Tzibo y Nuevo México. Estaba ya aquel santo varon muy

cansado de tantas marchas, y solo su grande y esforzado espíritu le pudo alentar á sufrir tantas penalidades en dos viajes enteros que hizo hácia el Norte. Anduvo este siervo de Dios en la primera jornada á pié más de seis mil y cuatrocientas leguas (que es cosa de admirar) en ida y vuelta; y en esta segunda jornada y expedicion que se hizo de acuerdo suyo con el señor Virey, tenia andado otro tanto, y así era razon que volviese á descansar en su Provincia, donde se necesitaba de la presencia de un varon tan docto, prudente y religioso. Se volvió, pues, llevando de compañero al citado hermano lego fray Daniel, quedando el santo fray Juan de Padilla por caudillo y prelado de los que por Dios y por amor suyo se querian ir con él á la tierra de las Azoteas y gran Quivira, donde habia colocado la santa cruz y hecho propósito de no desampararla hasta perder la vida en la conversion de sus moradores. Eran todos estos santos religiosos franciscanos dotados de un mismo espíritu, y movidos de un celo grande de la honra de Dios estorbaban en el camino muchas ofensas contra su Divina Majestad; remediaban los agravios que hacian á los indios los soldados, que como gente licenciada suelen cometer donde quiera que llegan, y por los caminos acudian á las necesidades espirituales de los soldados, dándoles buenos consejos, enseñán-



doles sus obligaciones de cristianos en pláticas oportunas, confesándolos; y quien se esmeraba más entre todos, era el V. P. Fr. Juan de Padilla, quien, por donde quiera que caminase el ejército, se ocupaba en la conversion y doctrina de los infelices que hallaba por el camino, segun la brevedad le daba lugar.

Cuando llegó el caso de mover el general su ejército para volver á México, llevando en compañía al venerable prelado provincial fray Márcos de Niza y al santo lego fray Daniel, envió el general á visitar al padre fray Luis de Ubeda, porque le habia rogado, por amor de Dios, que le dejasen en el pueblo de Cicuyque, por donde el padre fray Juan de Padilla habia de pasar, representando su mucha vejez, que no le permitia ya caminar mucho á pié, y que ya que desde que entró en la Orden seráfica no habia subido á caballo y no habia de subir en el tiempo que le quedase de vida, á lo ménos podria ser de alguna utilidad en la conversion de los indios de dicho pueblo, ofreciendo á Dios su vida para que hiciese de ella como fuese servido. Edificado el general de tan fervorosa resolucion de este santo anciano, que ya habia pasado al pueblo de Cicuyque, le remitió unas cabras, algunos carneros y rescates para los indios, á fin de que le tratasen bien; y ántes de que los soldados comi-

sionados para llévarle estos presentes llegasen al pueblo, encontraron al buen religioso, que debia de haber salido con el deseo de ver á alguno de los suyos. Le rogaron se fuese con ellos para el ejército, pero él no quiso, sino que se volvió al pueblo. El venerable padre fray Juan de Padilla con un Andrés de Campo, portugués, y otro negro, quien tomó despues el hábito en nuestra Orden y Provincia de Michoacan (ya mencionados), habian partido del Tiquez para su premeditada expedicion apostólica, llevando algunas cargas de bastimentos, ropa y abalorios para los gentiles, y todos los ornamentos necesarios para celebrar los officios divinos, y fué con ellos una escolta de veinte soldados de á caballo hasta dejar al P. Fr. Luis de Ubeda en el pueblo de Cicuyque, encargando á los indios de parte del general le recibiesen bien, le diesen de comer, escuchasen su santa doctrina, y no le hiciesen daño alguno; en la inteligencia de que este santo varon les haria mucho bien, rogando á Dios por ellos. Dieron palabra los indios de tratarlo bien, y le dieron un cuartito bajo, donde se puede decir que el santo fray Luis se emparedó en vida. Los indios le llevaban por las mañanas un poco de atole y unas tortillas, sin decirle ni hablarle cosa alguna, y pasaban por su puerta unos indios viejos que le mostraban tan mal rostro, que al verlos decia,



*Dios os convierta.* Fuéronse los soldados, y él se quedó en aquella soledad; y no se supo lo que le sucedió despues, por haberse quedado solo en aquella tierra; pero tiénese por cierto que fué mártir y religioso muy perfecto, observante y de aprobada vida, muy estimado y respetado de todos; tanto, que el general Francisco Vázquez Coronado habia mandado á sus soldados lo estimasen y reverenciasen mucho. A mí me dijo (dice un memorial de cierto religioso), Gerónimo Mercado de Sotomayor, hidalgo que fué á esta jornada, que le pareció fray Luis de Ubeda uno de los más perfectos religiosos del mundo, porque su vida era una perpétua oracion, en especial, que donde quiera que el ejército hacia alto y se paraba, luego buscaba paraje acomodado para ponerse de rodillas y orar á satisfaccion, y que era pobrísimo sobremanera.

El santo fray Juan de Padilla, despues de haber dejado al venerable padre fray Luis de Ubeda en el pueblo de Cicuyque, prosiguió su jornada con todos los sugetos mencionados, y llegó á Quivira, adonde, andando por los pueblos de aquellas cercanías procurando atraer á los indios al conocimiento de la fe de Jesucristo, se informó si habia más gente en la tierra dentro, fuera de la que habia visto, y los pueblos donde se colocó la santa cruz. Le dijeron que sí, y que anda-

ria algunas tierras poco pobladas; mas que pasadas aquellas, encontraria, al cabo de tres lunas (que son tres meses), muy buena tierra y bien poblada. La tierra de que daban razon estos indios de la Quivira, no era meramente la que cae al polo ártico, sino la que corresponde á mano derecha, al otro lado del Misuri, con los territorios de la Cañada próximos á la frontera de la Florida. Marchó el venerable padre Padilla con su compañero fray Juan de la Cruz en demanda de aquellas tierras, enseñando ambos á los indios que encontraban por el camino las cosas de nuestra santa fe; mas apénas salieron de los límites de la provincia de Quivira, cuando unos indios de guerra, que el ilustrísimo Gonzaga y Daza llaman aciales, se dejaron ver bien armados con arcos y flechas, y á ambos padres dieron muerte cruel. Cuando llegue yo á tratar de las vidas de estos ínclitos mártires de la Provincia de Michoacan, daré más prolija relacion de las circunstancias de su martirio. El portugués y los indios que acompañaban á estos benditos padres, hallaron modo de escaparse del furor de aquellos bárbaros: pasaron un rio grande, que seria el del Misuri, y fueron á dar al pueblo del indio que tenia la señal de la vaquilla en la frente, quien los avió de bastimentos y regaló. Despues pasaron por algunos pueblos de indios sin que



les hiciesen daño, y vinieron á salir á Pánuco, donde, como refiere el historiador Herrera, aportó despues de la segunda vez que lo habian cautivado, y que con una cruz que llevaba en la mano le hacian en todas partes mucho acatamiento y le daban de comer, y al fin siguió su viaje para México. Los indios donados determinaron volverse para Michoacan, de donde eran nativos; y del viaje que hicieron y de su vida se tratará en su lugar. Entendióse que los indios aciales habian salido al encuentro de estos venerables religiosos con ánimo de quitarles los ornamentos y bastimentos que llevaban, y que como bárbaros que no acostumbraban perdonar la vida á nadie en sus excursiones, les quitaron la vida, atravesándolos con sus flechas. Del glorioso martirio del venerable padre fray Juan de Padilla y de su santa vida quedó mucha memoria en la provincia de Culiacan, y trataban de él algunos papeles escritos que dejó D. Pedro de Tovar, uno de los fundadores de aquella villa donde murió, y por sus herederos se pudieron recoger y vinieron á parar en manos del reverendo padre cronista fray Antonio Tello, de cuyo manuscrito saco estas noticias.

---



---

CAPITULO XIV.

JORNADA QUE HIZO EL VIREY D. ANTONIO DE MENDOZA  
PARA SUJETAR LOS INDIOS REBELADOS DE LA  
NUEVA GALICIA: PREPARATIVOS PARA ELLA Y SU LLE-  
GADA AL VALLE Y FORTALEZA DE CUINA: TOMA  
DEL PEÑOL DE NOCHIZTLAN, REDUCCION DEL MIXTON,  
Y FIN DE ESTA GUERRA.

En el mismo tiempo que concluía el general Francisco Vázquez Coronado su famosa expedicion por todo Tzibola á las tierras de la gran Quivira y de vuelta al valle del Tiquez, se disponia á darla para México con su ejército el señor virey D. Antonio de Mendoza, en virtud de las noticias que le habia dado el teniente general del nuevo reino de Galicia, D. Cristóbal de Oñate, del alzamiento general de los indios de Juchipila, refugiados en el Peñol llamado Mixton, y de los